

Secretaría de Prensa

DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,
D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, EN CEREMONIA DE CELEBRACION
DE LOS 500 AÑOS DEL NACIMIENTO DE SAN IGNACIO DE LOYOLA

SANTIAGO, 31 de Julio de 1991.

Señoras y señores:

Dios me ayude a que lo que diga esté a la altura de los aplausos.

Cuando mi amigo el padre Renato Hevia me visitó para invitarme a venir este día a un encuentro con profesores de los Colegios de San Ignacio, entendí que sería un encuentro menos formal, una conversación sobre cómo vemos, quienes estamos en el Gobierno y tenemos la responsabilidad de la conducción del país en este momento, las tareas de la educación.

Recuerdo que Renato me dijo: ¿"qué espera el Presidente de Chile de un educador de la Compañía de Jesús"?

No soy yo quien para darle lecciones a los educadores de la Compañía de Jesús, pero algunas reflexiones puedo formular en voz alta sobre ese tema. Y acogí la invitación, avaluando la trascendencia de la materia y como una contribución de mi parte, un testimonio de adhesión a la festividad que los jesuitas celebran hoy día: los 500 años del nacimiento de su fundador, San Ignacio de Loyola.

En realidad, es justo que el Gobierno se haga presente en esta celebración, porque yo creo que Chile debe mucho a la acción, al trabajo abnegado, tanto en el campo educacional como en el campo del desarrollo del pensamiento y en la acción social, de la Compañía de Jesús. En nuestra Patria, en los tiempos de la Colonia y luego en nuestra vida independiente, figuras en este siglo, como la del Padre Vives y, sobre todo, la del Padre Alberto Hurtado, son un aporte muy valioso a la construcción de un Chile más justo, más humano, más cristiano. Y creo que por eso sólo, por haber aportado figuras como ellas y por la labor que han realizado, enseñando a generaciones, merecen el reconocimiento del Gobierno.

Entrando a reflexionar sobre el campo de la educación, yo siempre he pensado que la educación es mucho más que instrucción. Leí en mis mocedades que educar es formar el carácter, y que formar el carácter de las personas es inculcarles hábitos y sugerirles ideales. El educador enseña, trasmite conocimientos e, indudablemente, los conocimientos que abarcan una visión general de lo que es el mundo, de la vida social, de los fenómenos de la naturaleza y de la sociedad, que proporcionan una óptica para mirar la vida, desde el punto de vista intelectual, son muy valiosos. Permiten a la gente no sólo estar al día, tener una concepción de la vida, sino que permiten, además, dominar ciencias, artes, técnicas, para desarrollar sus aptitudes personales y para ganarse la vida, para crear.

Pero, sin duda, no basta con los conocimientos. El más sabio no es por sí solo un ser educado.

Formar hábitos, inculcar hábitos, ¿qué es eso? En el fondo, es capacitar a las personas para que sean tales, orientarlas en el camino de ser dueñas de sí mismo, de ser capaces de ejercer ese don celestial de que hemos sido dotados, del libre albedrío, de la libertad, y poderlo hacer no según el capricho del instante, no según las tendencias de las pasiones o de los instintos, sino que mediante el ejercicio de la voluntad, orientada por la recta razón.

Tener carácter, ser persona de carácter, es ser capaz de dominarse, es ser capaz de vencer los instintos, es ser capaz de actuar conforme a un plan racional, y esto es un esfuerzo que hay que hacer desde niños.

Y eso se logra, en mayor medida, en cuanto la capacidad de ejercer este autocontrol, el dominio de sí mismo, se convierte en hábito, en costumbre, resulta natural.

Sin duda que cuando Iñigo de Loyola, que podía por su condición social haber aspirado a situaciones expectantes, optó por, cual caballero andante, salir -como se ha escrito- solo y a pie a conquistar Jerusalén, sometándose a privaciones, esforzándose por acercarse a Dios en la meditación y en el servicio al prójimo. Proporciona un ejemplo muy admirable de una persona de carácter, de una persona que es dueña de sí misma.

Para quienes tenemos fe, esto es muy difícil de lograr sin la ayuda de Dios. Hay seres, y yo he conocido más de alguno, que logran un autocontrol de sí mismo, como fruto de sus convicciones racionales. Pero, las más de las veces, se necesita algo más que la capacidad de propia voluntad: se necesita una ayuda de la Providencia.

Pero educar no es sólo formar el carácter y la voluntad. ¿Para qué?, instruir, tener una visión del mundo, estar al día en los conocimientos de las ciencias, de las artes, tener personas capaces de ser dueñas de sí mismas y de insertarse en la sociedad

con entereza, no para gozar, sino para servir. Exige algo más, exige tener ideales. La educación inculca valores, principios e ideales, ideales en los cuales se cree, ideales a los cuales el ser humano esté dispuesto a entregar su vida.

En nuestro tiempo de sociedad consumista, dominada por un gran materialismo, es frecuente escuchar lo que se le pide a la vida. Hay gente que dice "yo le pido a la vida tales o cuales cosas". "Yo quisiera recibir en la vida bienestar, felicidad, amor, paz, alegría, goces". Pero, debemos entender que no hemos sido colocados aquí para que las cosas se nos den.

Yo creo que es bueno que los niños, desde tales, entiendan que estamos aquí para cumplir una tarea, y que lo que tenemos que preguntarnos es no qué le pedimos a la vida, sino "qué la vida nos pide a nosotros". Lo que tenemos que preguntarnos es "para qué hemos sido colocados aquí".

¿Qué otra cosa es la vocación, que el descubrir para qué estoy llamado? Para un cristiano ¿"qué me pide Dios, cuál es la voluntad del Padre?, que yo he de servir". Para quienes rezamos el Padre Nuestro, cuando decimos "hágase tu voluntad", la interrogante es ¿cuál es esa voluntad y qué puedo hacer yo para que se haga esa voluntad?

Pero entiendo que aún para el que no tiene fe, la vida no es simplemente un escenario para pasar. Hay causas, causas que trascienden la relación del hombre con Dios, y que se refieren a la relación del hombre con los demás seres humanos. Entender que la libertad, la verdad, la justicia, la solidaridad, son valores; entender que la sociedad humana es una hermandad y que servir al prójimo y construir una sociedad libre, justa, solidaria, es lo que puede justificar nuestras vidas.

Yo no estoy aquí para ganarme la vida. Estoy aquí para construir una vida mejor. Esa debe ser la reflexión que se hagan los jóvenes y niños a quienes estamos educando.

Yo sé bien que esta tarea es difícil. Porque he ejercido, en pequeña dosis, la tarea del profesor, sé sus limitaciones, sé sus sufrimientos: las rentas son bajas, el esfuerzo es grande, la consideración social no es la debida. En la sociedad chilena, hoy por hoy, la dignidad del maestro no es debidamente respetada ni menos ensalzada.

Los niños a veces no comprenden, se ríen, hacen chacota, le ponen apodo al profesor, suelen burlarse, y el profesor tiene que echarse toda esa carga al hombro y seguir adelante y sobreponerse, y en lugar de amargarse, sacar de ella partido para conducir a ese pequeño rebaño, que es su curso bajo su responsabilidad. ¿Y qué aburrido es corregir pruebas, terrible cosa!

¿Y a cuántos profesores, las circunstancias económicas los obligan a trabajar muchas más horas de las que pudieran,

razonablemente? Clases extras, clases particulares, horarios recargados, y luego, el riesgo de la rutina, porque indudablemente que un profesor que tiene cuarenta o más horas de clases a la semana, tiene poco tiempo para perfeccionarse, para prepararse, para ampliar sus horizontes, para lograr su propia superación. Y, sin embargo, bien sé que es el caso de gran parte, sino de la mayoría, de los profesores chilenos.

Hablando ahora como Gobierno. ¿Qué le pide el Gobierno a los profesores chilenos? Parto del supuesto de que le pide lo que he señalado, que entiendan que no son simplemente transmisores de conocimientos, que son formadores de seres humanos, formadores de personas, que tienen que educar y no sólo instruir, y que ello entraña la formación del carácter y sugerir ideales.

Frente a la actual realidad de Chile, cuando si bien casi el cien por ciento de los niños tienen acceso a la Enseñanza Básica, un porcentaje mucho menor lo tiene a la Media y ya una minoría lo tiene a la superior, cuando el drama tal vez más importante de nuestro país es cierta impotencia para encauzar todas las potencialidades virtuosas de la juventud, de sus niños y sus jóvenes, éste es un país de gente joven, en las clases altas y medias los jóvenes tienen acceso a la educación y pueden adquirir cierto nivel de formación. Los que llegan a colegios como éste, tienen cierta certeza de formarse como personas.

Pero ¿cuántos niños, cuántos jóvenes de nuestras clases modestas, de los sectores populares, de los campesinos, de los pobladores, no sólo tienen muy remota posibilidad de una educación de calidad, sino que aún se encuentran, prácticamente, con que desertan del sistema educacional, porque éste no les ofrece respuestas a sus inquietudes?

Yo creo que en Chile tenemos una gran crisis del sistema educacional, fundamentalmente en el nivel de la Enseñanza Media. Y ustedes que tienen la experiencia de ser educadores pueden aportar luces a un gran debate sobre la orientación de la enseñanza nacional, del sistema educacional chileno, para que dé respuesta a esa demanda. Tenemos el deber, ya un deber patriótico, como Nación, de ofrecerle un porvenir a nuestros jóvenes y a nuestros niños, y ofrecerles un porvenir es, sobre todo, capacitarlos para enfrentar la vida. Nótese que digo "para enfrentar la vida", no "para ganarse la vida", porque enfrentar la vida es mucho más que ganarse la vida. Es, por supuesto, ser capaces de trabajar para mantener la propia familia, para formarla y mantenerla. Pero es, también, ser capaces de corresponder a la sociedad aportando al esfuerzo de construir una sociedad mejor.

Los muchachos, que según la canción "chutean piedras en las calles", esos muchachos que se sienten frustrados, sin esperanzas, y que caen presa de la desmoralización y probablemente del alcoholismo, de la drogadicción, de la delincuencia, son un escándalo que golpea nuestra conciencia. Tenemos que ser capaces de superar eso y tenemos que hacerlo con los recursos con que

contamos. Y los recursos son limitados.

Naturalmente, el Ministro de Educación, aquí presente, demanda mayores recursos, pero el Ministro de Salud pide también mayores recursos, y el de Vivienda hace lo mismo, y resulta que los recursos disponibles hay que repartirlos entre todas las tareas que tenemos por delante. Este Gobierno tiene criterio de justicia y tiene un profundo sentido social. Entendemos que para salir de esta situación de Nación en desarrollo, calificativo convencional con que disimulamos nuestra condición de país pobre, de país del tercer mundo, decimos "en desarrollo", sale menos golpeador, sale más elegante. Pero la verdad es que somos un país, en un mundo en que hay naciones en que el ingreso por habitante en el mundo desarrollado fluctúa entre 15 y 20 mil dólares por habitante, nosotros no llegamos a los 2 mil dólares, y todos los países de nuestro Continente, de América Latina, están por debajo de los 2 mil dólares.

Tenemos que crecer, crecer significa mayor desarrollo económico, mayor producción, explotar nuestros recursos naturales, pero, además, ser capaces de imaginación para perfeccionar técnicas para producir mejor y más barato, asimilar conocimientos científicos y tecnológicos, y si hay una cosa que Chile tiene, y lo digo sin falso orgullo, pero estoy convencido de ello, es materia gris en su gente. Nuestra gente es capaz, el chileno, por su inteligencia, de superarse. Y tenemos que ser capaces de descubrir nuevas formas de producción, de poner en marcha actividades, a lo mejor de pequeñas, medianas y minúsculas empresas. Tenemos que ser capaces de incorporar mayor valor agregado a nuestros productos, porque en este mundo abierto y competitivo, en definitiva, el que gana más es el que logra colocar en los grandes mercados productos con mayor grado de elaboración, mayor grado de elaboración que significa más trabajo humano, más inteligencia metida en el bien, pero que significa también mayores remuneraciones, mayores ingresos que llegan al país.

Pero no basta con crecer, tenemos que crecer con justicia social, tenemos que crecer con sentido de equidad, y el crecimiento no provoca por sí solo, por obra del "chorreo", de lo que le sobra a los ricos, el bienestar de los pobres.

Y de ahí la necesidad de una orientación central de parte de la autoridad, de los poderes del Estado y de las autoridades intelectuales, culturales, de las universidades, de los centros educacionales, de las autoridades espirituales, de la Iglesia, señalar la necesidad de la justicia, del servicio al prójimo, de que mientras haya algunos que no tienen nada, ningún crecimiento logrará construir una Patria unida y una Patria en paz.

Creo que todos aspiramos, en definitiva, a la paz. La paz es fruto de la justicia, fruto de la verdad, fruto de la libertad. La tarea que los educadores tienen entre manos, y que yo sé que ustedes intentan, y la que espera el Gobierno de ustedes, es esa:

ayudar a construir un Chile que conquiste la paz, por el desarrollo, por el respeto a la verdad, por el logro de la justicia, por la práctica de la solidaridad. Muchas gracias.

* * * * *

SANTIAGO, 31 de Julio de 1991.

M.L.S.